

DE AMOR, DE LOCURA Y DE MUERTE

**Padre,
dejad de llorar
que nos han declarado la guerra.**

JOAN MANUEL SERRAT

"Eran ya las 21.15 cuando la joven (Susana Valle) atravesó los portales del temible penal de Las Heras. Breves instantes después, vio llegar a su padre dentro de un cerco de marinos que caminaban apuntándole con ametralladoras, guarnecidas las cabezas con cascos de guerra. En una sala contigua un enfermero tenía a punto varios chalecos de fuerza por si la niña o el padre padecían arrebatos paroxísticos.

"«Susanita, si derramas una sola lágrima no eres digna de llamarte Valle.» Con estas palabras el general saludó a su hija. Su faz era tan majestuosa como el daguerrotipo de un procer. Largas patillas. Hondas huellas en el ceño y la frente de muchas noches insomnes. Pálida serenidad en el rostro. Parecía aureolarle un halo de serena beatitud, claro anticipo de la gloria que habría de ceñirle para siempre. «No guardes amargura para con nadie...»

"—Pero, ¿quiénes te han condenado, papá?

"—No lo preguntes jamás, querida mía. Yo quisiera que nunca lo supieras, nunca; para que tu corazón no odiara jamás.

"—Pero, ¿por qué te has entregado? ¿Por qué no entraste en una embajada? ¿Por qué has querido que éstos te maten?

"—Porque no podría con honor mirar a la cara a las esposas y madres de mis soldados asesinados. Yo no soy un revolucionario de café. No me tienes que llorar vos a mí; yo soy el que tendría que llorarte a vos y a mamita que se quedan en el mundo. En estos instantes sería yo el hombre más feliz si no fuera porque sé que ustedes van a sufrir tanto. Tu misión ahora será cuidar a tu madre. Debes quererla mucho, mucho.

"En esos instantes entró su párroco, el padre Devoto, dignísimo sacerdote. Venía demudado y anegado en lágrimas. Apenas podía tenerse en pie. Entonces Valle dejó a su hija y, abrazando al sacerdote, le dijo:

"—¿Cómo, padre? ¿No nos ha dicho usted siempre que en este mundo vivimos de paso, y que la verdadera vida es aquella a la que ahora me empujan quienes me condenan?

"La escena era tan intensa que parecía condensar años enteros. Los hombres de las ametralladoras gemían sin rebozo. Algunos se apoyaban en sus armas para no desmayarse. Fue preciso sacar de la sala a varios de ellos, incapaces por la emoción de mantenerse en pie. Sólo los oficiales de Marina que, sentados en torno a una mesa, controlaban los minutos de aquella despedida, se mostraban insensibles.

"Un oficial, tirante y seco, dijo entonces: «Es hora». Valle, más sereno que hasta entonces, se sacó el anillo y lo colocó en la mano de su hija. Le entregó unas cartas. Y le dio un beso intenso, tan intenso que la joven lo sintió en su rostro durante muchos días. Entonces se irguió y avanzó hasta la puerta. Desde ésta hizo un gesto de despedida a su hija, y se internó por los largos corredores del penal rodeado siempre del cerco de ametralladoras, sin volver ni una sola vez la cabeza hacia atrás. Caminaba radiante hacia la gloria. Allá lejos, la pobre joven no era más que un manojo de amor envuelto en lágrimas."

El sacerdote Hernán Benítez, otrora confesor de Eva Perón, es el autor del estremecedor relato que se publicara, el 28 de mayo de 1957, en el semanario *Palabra Argentina*, El fusilamiento del general Juan José Valle, efectuado después de que cesara la ley marcial y luego de que Pedro Eugenio Aramburu sostuviera que no habría más ejecuciones, era, en rigor, sólo la culminación de un baño de sangre. El 10 de junio de 1956, en Lanús, habían sido ejecutados el teniente coronel José Albino Yrigoyen, el capitán Jorge Miguel Costales y los civiles Dante Hipólito Lugo, Clemente Braulio Ross, Norberto Ross y Osvaldo Alberto Albedro. En la misma fecha, pero en los basurales de José León

Suárez, habían corrido la misma suerte Carlos Alberto Lizaso, Nicolás Carranza, Francisco Garibotti, Mario Brión y Vicente Rodríguez, cinco ciudadanos de los cuales algunos de ellos no tenían idea, siquiera, de que horas antes se había producido un reducido levantamiento.

El 11, en tanto, fue el turno de los militares. El teniente coronel Oscar Lorenzo Cogorno fue muerto en La Plata, mientras que en Campo de Mayo eran fusilados los coroneles Eduardo Alcibiades Cortines y Ricardo Santiago Ibazeta, los capitanes Néstor Dardo Cano y Eloy Luis Caro, el teniente primero Jorge Leopoldo Noriega y el teniente de banda Néstor Marcelo Videla. Susana de Ibazeta, esposa de uno de los jefes ejecutados, contradiciendo lo conversado con su marido, horas antes se había corrido hasta la quinta de Olivos para pedirle clemencia al general Aramburu en nombre de la vieja amistad que alguna vez los había unido. "El presidente duerme y ha dado orden de no ser molestado", fue la inhumana respuesta que recibió. José Gobello, por entonces un poeta preso en la Penitenciaría nacional, inmortalizaría el momento: "Muchachos ateridos desbrozan la maleza / para que sea más duro el lecho de la muerte... / En sábanas de hilo, con pijama de seda, / el presidente duerme. / El llanto se desata frente a las altas botas: / —Calle, mujer, no sea que el llanto lo despierte. / —Sólo vengo a pedirle la vida de mi esposo... / —El presidente duerme". Son siete los suboficiales —cuatro en la Escuela de Mecánica del Ejército y tres en la Penitenciaría— que completan la macabra lista de ese día: Hugo Eladio Quiroga, Miguel Ángel Paolini, Ernesto Garecca, José Miguel Rodríguez, Luciano, Isaías Rojas, Isauro Costa y Luis Pugnetti. El 12, en tanto, al igual que Valle pero en La Plata, le llegaría el turno al subteniente de reserva Alberto Juan Abadía.

El del año 56 no era, sin embargo, el primer junio que se había teñido de rojo. Norberto Galasso, en su *Vida de Scalabrini Ortiz*, es quien nos recuerda "uno de los crímenes más infames que ha presenciado el país. El 16 de junio de 1955 la histeria «gorila» descarga bombas mortíferas sobre el pecho inerme de Buenos Aires. [...] Américo Ghioldi, Miguel A. Zavala Ortiz y Samuel Toranzo Calderón pretenden encaramarse al poder trepando sobre una montaña de cadáveres. Pero el Ejército se mantiene fiel al gobierno y los aviones huyen hacia Montevideo cuando cae la tarde. ¡Sobre la Plaza de Mayo más de dos mil muertos enseñan al mundo entero lo que la oligarquía entiende por democracia y libertad!".

¿Qué estaba ocurriendo, en la Argentina, para que el odio se desatara con semejante saña? Ambos hechos, por de pronto, ocurren

en contextos radicalmente diferentes a pesar de ser sólo un año el lapso que los separa. En junio de 1955 es Juan Domingo Perón quien preside la Argentina. Su gobierno, si bien ha perdido el empuje inicial y sufre las consecuencias de los no pocos errores cometidos en los diez años de gestión, sigue aún suscitando la adhesión de las mayorías. Las trabas impuestas a los medios de difusión y a los opositores, por supuesto que condenables, no impiden, con todo, que la democracia siga funcionando. El gobierno es legítimo en su origen —las elecciones en las que incluso, por primera vez, votaron las mujeres— y en su desarrollo: la división de poderes existe, funcionan ambas cámaras legislativas y los comicios de renovación de autoridades se reiteran en los plazos previstos.

En junio de 1956, en cambio, es Pedro Eugenio Aramburu quien ejerce el mando en la Argentina. Su acceso a la presidencia, ilegal e ilegítimo, se produjo por dos sucesivos golpes de Estado. El primero de ellos, el del 16 de septiembre de 1955, cuando es derrocado Perón asumiendo en su lugar al general Eduardo Lonardi. El segundo, cuando el 13 de noviembre del mismo año es reemplazado el propio Lonardi.

La violencia ejercida, en cambio, fue similar en las dos ocasiones. Cuando un puñado de conspiradores al mando de sus aviones buscaba derrocar a un gobierno o cuando ya en el gobierno enfrentaban a un puñado de conspiradores recatados en el uso de la fuerza. El rencor y la inquina, transformados en brutalidad y salvajismo, necesitan, para tratar de ser entendidos, explicaciones profundas. No parece mal, en principio, indagar en la historia de los hechos y los desvalores que desataron la irracionalidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Feria, Salvador, *Mártires y verdugos*, Buenos Aires, Revelación, 1972.
Galasso, Norberto, *Vida de ScalabriniOrtiz*, Buenos Aires, Del Mar Dulce, 1970.